

Ana Tissera
Borges y los mundos posibles (1975-1985)
Córdoba: Universitas, 2005

Desde su más temprana edad, Borges estuvo relacionado con la filosofía: como refiere en *Un ensayo autobiográfico*, su padre le enseñó los rudimentos de la filosofía idealista, del anarquismo y el agnosticismo. Luego Macedonio Fernández y la relectura de Schopenhauer y Berkeley serían determinantes en la formación del joven Borges.

En los años veinte, Borges escribió algunos ensayos de cuño filosófico: “La nadería de la personalidad” (*Proa*, 1ª ép., ag-1922, núm. 1) y “La encrucijada de Berkeley” (*Nosotros*, ene-1923, núm. 164), que en 1925 pasaron a formar parte de *Inquisiciones*; puede añadirse a la lista “El cielo azul, es cielo y es azul” (*Cosmópolis*, ag- 1922, núm. 44). La disquisición filosófica, sin embargo, no se redujo a la poesía ni al ensayo, sino que se convirtió en una constante, pues por los mismos años Borges estaba tan preocupado por los problemas de la metafísica que sostiene discusiones epistolares con Jacobo Sureda, uno de sus mejores amigos de juventud, como muestra un botón:

Yo, de ti me arrojaría de cabeza en el estudio de la metafísica. Encuentro que el Libre Albedrío, el Determinismo, el problema de si existe o no el Yo, el estudio de lo que son Tiempo y Espacio, el problema del conocimiento, etc... son mucho más interesantes que lo de oírle a un poeta relatar que la luna parecía una claraboya o que su novia tiene trenzas rubias. ¿Y qué es la literatura, en general, sino un barajar de asociaciones o nimiedades como ésas? (jun/1921)

De la misma forma, las coincidencias tempranas entre los juicios de Borges sobre el agotamiento de los procedimientos poéticos y el extrañamiento de los formalistas rusos, luego con los principios de la semiótica y la teoría de la recepción o la del rizoma, lo han puesto en el centro no sólo de la historia de la literatura sino de la crítica y la teoría literarias. También los científicos y los filósofos han visto en Borges un fructífero punto de referencia, en una suerte de amor correspondido, como lo señalara Fernando Savater: “También los filósofos aman a Borges y —a partir de la famosa referencia inicial de Foucault en *Les mots et les choses*— pocos literatos actuales comparecen tan insistentemente en obras filosóficas de todas las latitudes y perfiles. Sin duda a Borges le vino bien la filosofía como inspiración, pero no es menos cierto que Borges les vino bien a los filósofos, sea como inspiración directa, como apoyo o como razonable ornamento”.

Ahora bien, ¿por qué la filosofía del lenguaje no habría de abocarse al estudio de la obra borgeana con la intensidad de la crítica literaria? Como muestra de manera profusa Ana Tissera, en *Borges y los mundos posibles (1975-1985)*, las simpatías y diferencias entre el Borges maduro y Descartes, Spinoza, Berkeley, Frege, Russell o Wittgenstein pueden ser reveladas no a partir de la especulación ni de la verbosidad rimbombante, como a menudo ocurre con en los estudios borgeanos, sino a partir del análisis riguroso y de un aparato teórico-metodológico convocado por la poesía. Además, como expresa María del Carmen Boves en el “Prólogo”, el trabajo de Ana Tissera no se agotó en sus “incursiones filosóficas”, sino que volvió a lo que fue su origen: “la lectura, la búsqueda de razones para los versos bien asimilados del poeta” (10).

Borges y los mundos posibles se halla estructurado a partir de un doble mecanismo de exposición: por una parte, la autora refiere paso a paso los rudimentos de los filósofos relacionados con Borges, las alusiones que Borges hizo de ellos y, enseguida, ilustra sus asertos

con ejemplos extraídos de lo que ella designa como “el definitivo regreso a la poesía” o quinta etapa de la producción borgeana: *La rosa profunda* (1975), *La moneda de hierro* (1976), *Historia de la noche* (1977), *La cifra* (1981) y *Los conjurados* (1985); por otra, el mismo libro puede dividirse en dos grandes momentos, uno en que se hace el seguimiento de los conceptos de intensión y extensión, desde el mismo Aristóteles, y los vincula con las opiniones de Borges sobre las palabras y las cosas; el otro momento a que me refería tiene que ver con el seguimiento de los conceptos aludidos en Frege, Russell y Wittgenstein e ilustrados con la poesía borgeana.

El título del libro comentado, me parece, resulta más que acertado, en principio, porque el espíritu voltaireano de Borges habría recogido con beneplácito que éste es el mejor de los mundos posibles, pero con una sonrisa irónica o, como hacía frecuentemente, con una interrogante: “¿Usted, cree?” Entre datos *intensionales* (los que se atribuyen a la actitud del sujeto) y *extensionales* (vinculados más con los objetos del mundo) se gesta la poesía. Además, el énfasis en uno u otro motor puede generar un poema con *dirección* descriptiva o narrativa; el procedimiento, como lo muestra abundantemente Ana Tissera, consiste en el empleo de las enumeraciones (unos dirían caóticas o, como Borges las llama en el prefacio de *Historia universal de la infamia*: “enumeraciones dispares”). La ceguera impuso a Borges el uso de reiteraciones, por ello la anáfora, la rima, la enumeración, el empleo de formas clásicas como el soneto constituyen la columna vertebral de los cinco últimos libros de poemas.

Según Leibniz, el hombre vive en un estado de armonía no sólo permanente, sino prefigurado: “Lo mismo que hay una infinidad de mundos posibles, hay también una infinidad de leyes, unas propias de uno, otras del otro; y cada individuo posible de cada mundo encierra en su noción las leyes de su propio mundo” (*apud* 250). Esta correspondencia optimista entre individuo y colectividad deviene en *Cándido* una cruda respuesta que fractura el mundo de las ideas y el de los objetos: bien visto, la *intensión* de los conceptos leibnebianos se halla en abierta contradicción con los objetos *extensionales* a los que hace referencia.

Por mundos posibles, Tissera entiende más allá de la primigenia postulación leibneziiana, las “descripciones que dan realidad a lo imaginario” (251) y en una especie de síntesis conceptual se afina en sus fuentes: “Kripke profundiza el concepto de mundo posible, el carácter mental de sus representaciones. A su vez Hintikka propone simplificar el conocimiento de los mundos posibles propuesto por Carnap mediante dos alternativas: la descripción parcial de los mundos y la construcción de conjuntos modelos que incluyan ambas facetas: el lado modal y el lado referencial, las descripciones actitudinales y las descripciones empíricas” (254).

La autora de *Borges y los mundos posibles*, congruente con su modelo de análisis —vale decir un rico entramado entre filosofía del lenguaje, semántica, retórica, sintaxis y semiótica—, expone mediante cuadros y extensas tiras de ejemplos, el movimiento progresivo entre el primero de los libros analizados, *La rosa profunda*, que va de un énfasis en los datos *intensionales*, principalmente fincados en una preeminencia del yo; pasa por una especie de acercamiento entre el yo y los otros y, en *Los conjurados*, los otros adquieren mayor relevancia frente a una especie de despojamiento del yo: “algunos textos de Borges versan sobre el pensamiento, sobre las construcciones lógicas que el yo realiza de sí mismo, y otros priorizan la descripción que el poeta hace de los otros. Los últimos [poemas] tienen un carácter épico, narrativo, prevalece el relato en torno al objeto, la *posible extensión* de las ideas. En las primeras domina el concepto, el estado cualitativo o *intensional*” (260).

Por último, ante la abigarrada exposición de Ana Tissera durante casi trescientas páginas (que sin duda revelan el amor por la obra borgeana), me gustaría traer a colación el fragmento de una entrevista del 12 de octubre de 1984 en que puede verse el desplazamiento hacia el mundo de los otros, si se quiere la profesión de fe y la esperanza de un Borges entregado a fraguar su mundo posible: “Creo que nuestro deber es salvar este mundo, el porvenir y eso depende de un acto de fe de cada uno de nosotros. Yo puedo hacer muy poco, he cumplido ochenta y cinco años, estoy ciego, no pertenezco a ningún partido político, pero haré lo que pueda para salvar el mundo. Ustedes son más jóvenes y pueden hacerlo, yo no puedo hacer nada, pero si mi palabra puede ser útil en este momento la doy y con entusiasmo. Swedenborg ha fijado una fecha para el juicio final, pero yo creo que cada instante es el juicio final, es decir, en cada instante se juega el porvenir del mundo y nuestro deber es salvar el pasado, salvar los dones del pasado”.

Antonio Cajero
Universidad Autónoma del Estado de México